

¿LA POESÍA VERSUS LA PRENSA DIARIA? (¿Ilusión o poder?)

POR
JOSÉ ANTONIO POSTIGO

TROVA DE LA CIEGA SED

Hontanares de agua clara,
¿quién se mira en vuestro fondo,
mi corazón o mi alma?

De tanto miraros, ay,
mis pupilas se dilatan,
y un frescor recién nombrado
me sube por la garganta.

¡Cuánto musgo verdecido!
¡Cuánta humedad hecha gracia!
¡Cuánto sorriego perdido
en la escapada del agua!
¡Y cuánta sed retenida
resecando mis entrañas!

Puros brotes de la tierra,
—agua eterna y renovada—
mi corazón os bebiera,
sorbo a sorbo os apurara.

Francisco Sánchez Bautista

¿Habría algún diario -matutino o vespertino- dispuesto a colocar este patrón literario en sus páginas de *opinión*? Aunque no me cabe la menor duda de que pudiera existir, y más de uno, sería el lector de todos los días, sin embargo, el que con todo derecho reclamara una justificación a esta fantásica salida de horma periodística, tanto en alerta por lo que al contenido se refiere, como por su anormal maquetación. Pues bien, y con la intención de mitigar esta mi aparente extravagancia (vagar por caminos extraños, a simple vista), podrían ser crónicas



de rigor periodístico las encargadas de la coonestación del intento, entre otros fines buscados obligada y evidentemente.

Días últimos del pasado octubre. En la ciudad de Murcia. Varias instituciones y muchos ciudadanos de toda edad y cultivo se empeñan (y se aventuran, por qué no) en leer poesía de un ilustre paisano suyo. Poemas del estilo y talante de los versos que dan núcleo a este comentario son aventados en la plaza pública: han sido carteles con sus trovas, prensa, radio, televisión, programas de mano repletos de sonetos... para, como hermoso colofón, y al caer la tarde, oirla recitada -adorable y contundante- en un salón hecho para la coincidencia de inocentes previsiones de felicidad literaria común.

Todo se fue cumpliendo según lo deseado y augurado; y hasta con hermoso exceso, para sorpresa de no pocos. De ahí que en aquellos días uno se sintiera, digamos, compelido a llegar a lo profundo del hecho, a lo cósmico, a lo quintaesenciadamente humano del acontecimiento, ya que de la maternal poesía se trataba, y ¿qué mejor que acudir a otro maestro universal de los que en nuestra Lengua e Historia han sido para reseñar y proclamar el soberbio suceso? Y aquí estamos, a vueltas, por un lado, con la garra de los poemas de Francisco Sánchez Bautista, y con don Pablo Neruda por otro, espero que para gusto de muchos más de los que quizás algunos doctos pudiéramos crecer. (¿Por qué prejuzgamos sobre lo que al otro puede, o no, hacerle gozar cuando de proclamar POESÍA se trata?).

Don Pablito (enseguida sabrán excusarme esta intempestiva familiaridad), en sus *Memorias –Confieso que he vivido–*, abre una de sus páginas, la 351, con el epígrafe transcrito en cabecera: *El poder de la poesía*. Sólo el vigor de un maestro es capaz de colocar en consonancia vocablos tan rigurosamente estridentes: *poesía / poder*. Por qué tuvo valor para semejante audacia, vamos a verlo enseguida de su mano, y estoy seguro de que, gracias a su sincera largueza, sentiremos también el gozo inconmesurable que este fruto de nuestro peculiar señorío, la poesía, es capaz de provocar; soberanía sin duda contrapuesta a la del otro macabro sentido del poder, el que nos abrumba día a día, y segundo a segundo.

He aquí ya, al estilo de las escaletas cinematográficas, el contenido de esas casi diez páginas nerudianas; resúmenes adobados con luengos retazos de su verídica y justa palabra de escritor sapiente y delicado.

Pablo Neruda recorre la geología escarpada y rugiente de su Chile natal. Lota, ciudad minera..., y diez mil malditos del carbón se aprestan a oír los decires electorales. Soportan horas de calor, y de grandes elocuciones. De pronto, y aún bajo un sol fiero, alguien en el estrado les anuncia que el poeta va a recitar de sus poemas. ‘¡Santo cielo!, ¿ocurriría la desbandada, bien que sólo fuese como alivio al calor? (miedos de poeta, incrédulo, asustado incluso de su propia obra). Mas sucedió algo insólito, una ceremonia que nunca podré olvidar... La inmensa



muchedumbre, justo al escuchar mi nombre y el del poema, se descubrió silenciosamente. Se descubrió porque después de aquel lenguaje categórico y político, iba a hablar mi poesía, la poesía.

Yo vi, desde la elevada tribuna, aquel inmenso movimiento de sombreros: diez mil manos que bajaban al unísono, en una marejada indescriptible, en un golpe de mar silencioso, en una negra espuma de callada reverencia.

Pablo Neruda se ve obligado a confesar, ya maduro y experimentado, porque lo vivió: *Entonces mi poema creció y cobró como nunca su acento de guerra y liberación* (el resultado es del cronista éste).

Volamos, cambiando de escenario, y ahora nos va a situar en Santiago, en su gran mercado Vega Central. Cierta mañana alguien le dice (le grita, más bien, porque medio lo fuerzan) que ha de leer poesía chilena y española a los braceros y porteadores, un gremio numeroso y mal pagado y a menudo descalzo..., que pululan por los cafetines, asilos nocturnos y fonduchos de los barrios inmediatos a la Vega. Seguimos leyendo y nos enteramos de que, al entrar en una destartalada sala, siente un frío especial, *no sólo por lo avanzado del invierno, sino por el ambiente que me dejaba atónito. Sentados en cajones o en improvisados bancos de madera, unos cincuenta hombres me esperaban. Algunos llevaban a la cintura un saco amarrado a modo de delantal, otros se cubrían con viejas camisetas parcheadas, y otros desafiaban el frío mes de julio chileno con el torso desnudo... Todos me miraban con los ojos carbónicos y estáticos del pueblo de mi país. Atemorizado, el largo y sesudo escritor comenzó la lectura de poemas: uno..., y otro..., y más..., hasta superar la hora de aparente sonsonete. Allí, sin embargo, nadie se movía. Hasta que, finalmente, se cumplió lo inesperado: Cuando me disponía a retirarme, uno de aquellos hombres se levantó: "Quiero agradecerle en nombre de todos". Dijo en voz alta. "Quiero decirle, además, que nunca nada nos ha impresionado tanto".*

Al terminar estas palabras estalló en un sollozo.

Otros varios también lloraron. Salí a la calle entre miradas húmedas y rudos apretones de mano.

¿Puede un poeta ser el mismo después de haber pasado por estas pruebas de frío y fuego?

Pero no podía faltar el más increíble de los contrastes: el del tú a tú, el de la bestia y el flaco que tiembla por su vida. Y así, un día, Neruda y sus amigos del caso salen de un cabaret de no buena catadura. El poeta, a la sazón estudiante, se había visto envuelto en una trifulca de puños y mesas y botellas y pista de baile inundada de alcohol. Al llegar a la calle, después de que, conciliador, hubiera querido mediar, alguien lo empuja aparte. Tiembla por doble motivo, por el bar-



quinazo y porque quien lo arrincona es uno de los tiarrones de la pelea. La imaginación del poeta puede adivinar ya su cara hecha un rompecabezas gracias a un simple soplido de aquel monstruo. Mas, *la poesía y su poder* estaban allí. El hombrón aquel *echó la cabeza hacia atrás y sus ojos de fiera cambiaron de expresión: "¿Es usted el poeta Pablo Neruda?" -Dijo. "Sí soy". Bajó la cabeza y continuó: "¡Qué desgraciado soy! Estoy frente al poeta que tanto admiro y es él quien me echa en cara lo miserable que soy!... Soy un rufián y el otro que peleó conmigo es un traficante de cocaína..., pero en mi vida hay una cosa limpia. Es mi novia, el amor de mi novia. Véala, don Pablito. Mire su retrato. Alguna vez le diré que usted lo tuvo en sus manos. Eso la hará feliz... Ella me quiere por usted, don Pablito, por sus versos que hemos aprendido de memoria"*.

Y, sin más comenzó a recitar: "Desde el fondo de ti y arrodillado, un niño triste como yo nos mira... Por esa vida que arderá en sus venas tendrían que matar las manos mías".

Quedó derrotado por la poesía.

¿Cómo cerrar esta cascada de extraño pero potente y deslindado, desbocado *poder*? Una vez más vuelve a darnos la impresión de que merecen la pena los esfuerzos que transportan la poesía al aire ciudadano, a la tribuna llana de las hojas de un diario que mañana, quizás, no sean nada. Aunque bien pudiera suceder, por contra, que gracias a estos versos y experiencias poemáticas de nuestros maestros el periódico de hoy, los periódicos de todos los días pudieran perdurar algo más allá de su jornada.

Lea en voz alta, si le apetece, esos versos de gran poeta, que son como límpida agua que ya no existe; no importa la resonancia o el eco que la voz pueda tener (según sus presentimientos), pues, de cualquier modo, algo imprevisible acaecerá.

